



**Donde
no supe**

**Luce
LÓPEZ-BARALT**

Fundación Pablo d'Ors

Galaxia Gutenberg

LUCE LÓPEZ-BARALT

Donde no supe

Entre el éxtasis místico
y las experiencias extrasensoriales

Introducción de
Pablo d'Ors

Fundación Pablo d'Ors

Galaxia Gutenberg



Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2026

© Luce López-Baralt, 2026
© de la introducción: Pablo d'Ors, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades
Depósito legal: B 14657-2026
ISBN: 979-13-88019-76-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Introducción, <i>de Pablo d'Ors</i>	7
Nota de la autora	15
I. El porqué de este nuevo libro contemplativo	17
II. La cima del éxtasis como <i>regressus ad infinitum</i>	41
III. Acerca de los carismas menores o las percepciones extracorpóreas, que no constituyen la experiencia mística. Los testimonios de san Juan de la Cruz y de santa Teresa de Jesús	109
IV. Acerca de mis propios carismas menores	237
V. A manera de conclusión	417

INTRODUCCIÓN

Algo así como un relámpago

El relato del éxtasis místico y de las experiencias extrasensoriales de Luce López-Baralt me ha hecho entender por qué el destino ha querido que nuestros caminos se cruzasen. Antes de esta lectura, yo sabía perfectamente que Luce era un ser de luz, pues lo lleva inscrito en su nombre: bondadosa hasta límites insospechados y con una capacidad empática cuyo origen no podía ser, simplemente, el afectivo o sentimental. Ahora, tras haber degustado este libro, lo he ratificado y he quedado sobrecogido.

No sabría decir qué me ha impactado más: si la intensidad de sus vivencias –que ella considera bastante comunes, pero que a mí me parecen excepcionales–, la belleza de su narración o la generosidad con que lo comparte todo. Quizá me quedaría con

la valentía de su alma, que se dice en cada verbo con una enorme libertad. Claro que mi interés fundamental, por no decir el único, es Dios, y encontrar a quien habla de Él de forma tan convincente y con tanta familiaridad me suscita una sorprendente complicidad y una enorme admiración. Digamos que estaba predispuesto para que *Donde no supe*, este testimonio que tengo el honor de prologar, me tocara profundamente.

Este libro es el segundo título de la nueva colección de la editorial Galaxia Gutenberg, titulada *Fondo de cultura contemplativa*, que se ha propuesto presentar al lector en castellano la obra de algunos místicos contemporáneos, así como la reedición de algunos clásicos. Tengo la convicción de que esta empresa es necesaria, quizá hoy más que nunca: hay que dejar hablar a quienes han conocido de primera mano la naturaleza original de la Realidad. En esa lista de hombres y mujeres tocados hoy por la gracia, y capaces de poner palabras a lo inefable, Luce López-Baralt, evidentemente, no podía faltar. Su trayectoria la acredita sobradamente. Pocos tienen en la actualidad un currículum en el que lo literario y lo espiritual se fundan con tanta excelencia. De hecho, su nombre fue uno de los primeros que se me vino a la cabeza y al corazón cuando empecé a pergeñar la colección. Que luego ella aceptara mi propuesta editorial me emocionó; pero comprender que su escritura se le había vuelto servicio —como

dice ella misma— fue para mí —¿cómo calificarlo?— una auténtica interpelación. Servicio porque es obediencia a un mandato interior insoslayable. Y servicio porque muchos de los que lean lo que sigue encontrarán, seguramente, guía para su conciencia, o al menos consuelo.

Claro que yo había leído otras de sus publicaciones, como *Luz sobre luz* o *La cima del éxtasis*, así como su todavía muy desconocido *Mucho me atrevo*, pero este texto que ahora editamos es, sin duda, el más personal entre todos ellos, el más necesario para que todo quede dicho. Acaso sea por carecer de ese aparato crítico y erudito que suele acompañar a sus obras, lo cierto es que estas páginas llegan más directamente al corazón.

¿Y qué es lo que me ha tocado tanto, en concreto? Muchas cosas. La primera, indudablemente, la descripción de su experiencia de unión transformante, si bien esta no es el objeto directo de este ensayo. Me gusta que la describa como la llegada al verdadero hogar, y que se detenga en su carácter fructivo. Me gusta que insista en que «nuestra identidad es Otro, que encontramos en nosotros mismos». En que «regresar a Dios es regresar al ápice mismo de nuestro ser». Me gusta, en fin, que ponga tantos ejemplos para autorizar su propia vivencia: Dante, Pascal, Hammarskjöld, Avicenna, Teilhard de Chardin, autores a los que tanto frecuento.

Que alguien se atreva a hablar hoy de santa Teresa de Jesús y de san Juan de la Cruz como si fueran sus coetáneos, por otra parte, que tenga la osadía de utilizar su prosa para avalar la propia, eso, ciertamente, no puede dejar indiferente. Claro que quien ahora se atreve a tanto ha tardado décadas en asumir esta afinidad, esta profunda hermandad entre los espirituales, para quienes no hay fronteras de tiempos ni culturas.

Lo extraordinario es que todo ello lo expone la autora con desarmante naturalidad y con una humildad que estremece.

En segundo lugar, me ha impresionado mucho que haya personas –Luce entre ellas– que hayan experimentado tantos –diría que todos– de los así llamados «carismas menores», tales como las telepatías, las precogniciones, las visiones, la captación de aromas trascendidos, la comunicación con difuntos y, sobre todo, las traslaciones astrales, hoy conocidas como experiencias fuera del cuerpo. En mis casi cuarenta años como sacerdote católico me he encontrado con feligreses que han podido experimentar en carne propia algunos de estos dones, pero nunca a quien los haya vivido todos –uno por uno–, y con una frecuencia que se puede contar en centenares.

Maravilla mucho, además, que alguien tan reglado con estos carismas pueda luego, como es el caso de Luce, comportarse en la vida cotidiana con total normalidad y con envidiable sensatez. Esto

tengo que contarle, Luce, perdóname. Pero es que todas estas cuestiones las hemos conversado la autora y yo mientras ella ordenaba al camarero del local en que nos encontrábamos, y ello sin pestañear, un *Black Label on the rocks*. Así, como suena. Esto es lo maravilloso de esta mujer, y ojalá que el lector pueda captarlo en este libro: que es tan divina como humana, tan sobrenatural como aterrizada, tan de Dios que nada de lo de este mundo le resulta ajeno. Luce escucha muy bien, también esto quiero decirlo; y hace comentarios muy jugosos, siempre con tino. Igual se pone muy seria que explota en una desenfadada carcajada.

Tuve la fortuna de visitarla en su casa de san Juan, en Puerto Rico: un santuario que es un espejo de su alma. He hablado largamente con ella de Borges, a quien adora, de Vargas Llosa, cuya franca sonrisa sorprende en una fotografía nada más entrar en su vivienda, del malogrado poeta Ángel Darío Carrero, que se sentó en el mismo sillón que yo, al parecer, y que vino a visitarme a Madrid poco antes de morir.

Ahora que hablo de autores, literatos y místicos, debo admitir aquí la impresión que me produjo verme citado junto a otros escritores que también han probado el sabor de lo sobrenatural, tales como mi admirado Thomas Merton, García-Morente, Hugo Mujica o Ernesto Cardenal, que es probablemente a quien Luce cita más.

Aquí no puedo decirlo todo, pero añadiré al menos tres ideas más. La primera es la de la necesidad de un libro como este, que da carta de naturaleza a la mística en nuestra sociedad, sacándola de los conventos y monasterios y poniéndola en diálogo con la física cuántica, como se viene haciendo desde diversas instancias de un tiempo a esta parte. Con acierto, Luce vaticina que este tipo de experiencias, más generalizadas de lo que parecen, serán en el futuro admitidas, claramente, como patrimonio de la humanidad. No, no tiene sentido seguir viviendo de espaldas a todo esto, como si fuera el privilegio de unos pocos, o incluso algo oculto y hasta peligroso, o, todavía más, heterodoxo –para quienes todavía tienen en consideración la doctrina del magisterio eclesial. Nada de eso. Como todos los místicos contemporáneos –con independencia de su tradición–, Luce pone el asunto de la conciencia sobre el tapete. Porque la conciencia es, definitivamente, el tema de nuestro tiempo. Y en cada cultura y época se formulará distintamente, pero hay denominadores en común que no se pueden obviar y que, atendidos y reflexionados, aportan muchísimo a nuestra comprensión de la condición humana. Así que fuera el tabú que aureola todas estas vivencias. Luce lo formula con la rotundidad que la caracteriza: «Quiero actualizar estos dones en el siglo XXI con naturalidad. Ni canonización ni hoguera –dice también– cambio de mentalidad».

Otro punto más, capital, es el de desligar estas experiencias sobrenaturales de cualquier connotación regresiva o enfermiza. He conversado detalladamente con Luce sobre el largo tratamiento psicoanalítico al que se sometió en su juventud con la doctora Ana María Rizzuto, muy determinante para ella. Fue ese psicoanálisis lo que le ayudó a comprender, existencialmente, que la vivencia sobrenatural, si es auténtica, está lejos de las descompensaciones mentales y los desórdenes emocionales con los que habitualmente se asocia y que posee, por el contrario, una impronta sana y expansiva. «La salud mental debe imperar siempre en la exploración de la vida del alma», cito textualmente. Nada de alucinaciones o patologías. Existe realmente un mundo trascendente que va más allá de nuestra limitada racionalidad, tan insuficiente. Sobre esto puedo dar testimonio yo mismo sin haber sido agraciado, ni mucho menos, con experiencias tan particulares como las que se relatan en esta obra.

Hay un último punto sobre el que quiero dejar constancia. Confiesa Luce que, como fruto de la gracia, se derrite de amor ante quienes le han infligido algún daño y que anhela abrazarlos. «Cuando me ha sido dado dar este abrazo tan deseado, me sabe a paraíso.» Asegura que les abrazaría «para que puedan estar seguros de que no les represento peligro». «Cualquier mal es en el fondo –concluye– una verdadera orfandad de amor.» Destaco esto

porque –lo admito– me he sentido identificado. Eso es lo que tiene la experiencia espiritual: que te reconcilia con todos y que, si bien puede existir quien te sienta enemigo, para ti todos son amigos a los que desearías abrazar. «Todo tiene su explicación en Dios», ¡qué bien lo has dicho, Luce querida! «Cuando abrazamos las cosas no es para quemarnos en ellas, sino para trascenderlas.»

Dios mismo «catapultó» a Luce –el verbo es suyo– a la vivencia inmediata de su esencia infinita. Ella lo experimentó como una fuerza avasallante a la que no podía –ni quería– oponer resistencia. Con temor y temblor, tal y como ella lo relata, te invito, querido lector o lectora, a que entres sin prejuicios de ningún género en estas páginas, que no son, a fin de cuentas, sino la exquisita historia de un alma contemporánea.

PABLO D'ORS

Nota de la autora

El lector se percatará de que este libro carece del aparato erudito que suelo emplear en mis estudios críticos: las notas al pie de página, la bibliografía exhaustiva y las transliteraciones científicas de las lenguas orientales. La presente escritura testimonial pertenece a un orden distinto y, por su propia tesitura espiritual, la he querido dejar exenta de toda retórica académica. Al lector interesado no le será difícil dar con las referencias precisas de los autores citados en estas páginas.

Advierto también que las traducciones de las citas en lenguas extranjeras son más a menos que indique lo contrario.